

ANDALUCIA MITICA (II) / ISLA MAYOR (SEVILLA)



REPORTAJE GRAFICO: J. F. FERRER

El húmedo fin del mundo

Las marismas de Isla Mayor, arrozales que parecen esperar quizá una anaconda, sabana salada como cogida en mitad de una zambullida

LUIS MIGUEL FUENTES

ISLA MAYOR.— «Este es el final», dice el hombre, y más allá del río gris, el río como salido de una gran lavadora de lodo, sólo pasarán las garzas, las rapaces que pasan hacia arriba, los vientos que llevan a los insectos o que son los mismos insectos. No puede haber nada más lejano, allí donde la tierra nace del agua, donde principia todo en su origen de pozo y de gusanera, donde no existen todavía las huellas, que son la primera tecnología humana.

Señorío de libélulas, calor monzónico, el aire que aplasta a los mosquitos hasta agolparlos en los tobillos, pues la presencia del hombre es una rareza azucarada y gigante en un mundo salado y sin altura, y llama a los pequeños bichos a comerte a su medida, un poco con pereza o con sueño, con alas pesadas, con hambre húmeda, lenta y quizá última, como si en realidad te estuvieran bebiendo y esa borrachera les llevara a la muerte, esa muerte golosa de los insectos.

Los inmensos arrozales, un césped nutritivo que llega a todos los horizontes, no huelen a ciénaga, sino a infusión. Es un verde estallante, un verde crujiente, un verde hinchado sobre un agua manchada, un agua como de microscopio, emulsión donde convive un universo descompensado y traslúcido de paramecios y grullas, de cereal y larvas, donde moja un pico la tarde antes de volver a lo alto. Allí los hombres pisan sin suelo, allí los hombres tienen la mirada vietnamita, y medio enterrados en agua y pasto, la futura comida les acaricia y les pudre un pie que dejan como ofrenda.

Las marismas de Isla Mayor, arrozales que parecen esperar quizá una anaconda, temperatura de acequia, sabana salada como cogida en mitad de una zambullida. Cruzando el río Guadalquivir está ya el Parque de Doñana, textura de telón con diferentes verdes, árboles y arenas, y antes, como una frontera anegada, los humedales que son la vida pequeña cociéndose, un sol encharcado, una tierra que supura.

«Hediondo y a la vez lozano mundo de alevosas ciénagas neolíticas y parques periódicamente renovados», así describía José Manuel Caballero Bonald su mundo de la Argónida, entrono de Doñana convertido en mágico por la literatura.

Y la Argónida podía ser aquello mismo, el mundo de los hombres con los pies mojados y las aves migratorias picoteando las pantorrillas, y toda la na-



«Tardan mucho en llegar el hombre y la mujer, muy mimetizados (las yerbas y ellos) con el arroz y la fauna»

turalidad que crece hacia abajo en una bañera verde que abarca hasta donde llega la vista torcida por el calor y la humedad, como se tuerce un lápiz en un vaso de agua. Aquello fue un día el lago Ligustino que mencionaba Avieno en la *Ora Marítima*, el lago abierto al mar en el que desembocaba el río Tartessos, que es el nombre del río Guadalquivir cuando se le quiere poner más plata. Quizá porque del agua viene la vida, que es el primer y fundamental misterio, otros misterios siguen saliendo como una mano antiquísima del círculo

que fue el lago Ligustino.

Hasta la misma Atlántida han creído ver hace poco unos científicos en lo que ahora es la Marisma de Hinojos, al otro lado del río, no muy lejos de los humedales de Isla Mayor, ese trabajo que fue haciendo el río Tartessos entregando su arena y su estaño en largos lengüetazos, para dejar ese territorio intermedio entre lo acuático y lo terrestre, para dejar a los hombres entre humanos y urodelos, y esa paradoja que es la tierra podrida por la sal dando cereal mojado, aves como bailarinas y colmenas sumergidas.

«Esta tierra no permite otro cultivo, por la salinidad», dice Antonio Olivares, que quizá ha aparecido de repente como un cocodrilo, tras arrozales, acequias o cañaverales, extrañamente humano allí, igual que las dos siluetas agachadas que se ven ahora en medio del arrozal, como si vinieran en canoa sin venir en canoa, o nadando sin nadar, allí donde nunca se sabe si se camina o se flota, si uno se para o se hunde. Son un hombre y una mujer que están escardando, quitando unas malas yerbas, las únicas que resisten la carda química y requieren al hombre mojado, paciente y encorvado como otra ave que bebe.

A aquellas marismas, donde sólo había ganado, trajeron el arroz los colonos valencianos, como haciéndose otra Albufera, y Queipo de Llano que quería comida para los vivos y los muertos de su guerra. «Desde entonces, esto no ha parado, ha ido cada vez a más. Pero al principio fue durísimo, porque no había vivienda, porque los alojamientos eran malísimos, y todo se hacía manual, y ahora se siembra con avioneta o con tractor, y la recogida con cosechadora», cuenta Antonio quemando las malas yerbas, que es como añadir calor a la calor o intentar apagar un infierno con otro. «Si no se siembra arroz, estas tierras están condenadas al abandono. Aquí hay 35.000 hectáreas». Tardan mucho en llegar el hombre y la mujer, de arrancar las yerbas o de luchar contra un gran pulpo, no se sabe bien, muy mimetizados (las yerbas y ellos) con el arroz y la fauna, con un sombrero de palma, con un cansancio fangoso, con unos pies llenos ya de branquias. Allí todo parece extremo, el calor, la dureza, las distancias, el tiempo que se tensa y se destensa como manejado por vapores.

Mañana: 'Alájar, la Peña Sagrada'

«La madre terrible»

Antonio lleva allí toda la vida, llegó con 16 años desde Brenes. «Y dedicado siempre al arroz, porque aquí no hay otra cosa. Esto es duro, los mosquitos, siempre trabajando entre barro... Pero es cuestión de acostumbrarse. La tierra nunca es desagradecida. Esta es la mejor tierra de Andalucía, traída por el Guadalquivir, aunque tenemos en contra la sal. Aquí abres un hoyo y tienes agua transparente, pero salada como un demonio. Y si encima dragan el río y nos sube el agua del mar hacia arriba, pues peor». Antonio mira los arrozales, que son un poco «la madre terrible» que decía Caballero Bonald, la «tierra baldía pero también fecunda», dadora de vida pero «sentido y figura de la muerte», como si te hiciera caminar siempre entre ahogados. «Esto es diferente a todo lo demás de Andalucía, este paisaje... —dice Antonio—. Este el restaurante que tienen todas



las aves de Doñana. Incluso dice el conservador del Parque que si el cultivo de arroz no existiera, habría que inventarlo».

Por los caminos, flanqueados de caños, los arrozales han ido fermentando todo signo de civilización y no quedan más que algunas casas vacías. El pueblo que fue Queipo de Llano está vacío, comido por matojos, convertido sólo en sus corrales, y hasta la misma Isla Mayor, entre el Guadiamar y el Guadalquivir, pueblo que antes fue Villafranco del Guadalquivir, último lugar habitado y sin mojar antes de entrar en la marisma como en una jungla destechada, es en sus estribaciones un paisaje que presagia los desiertos, amarillo de polvo y herrajes. Allí, Francisco Zabala todavía recuerda que los ingleses trajeron las primeras máquinas de vapor. «Yo digo siempre que esto está en el fin del mundo —explica Francisco—. Esto no coge de paso para nada. Pero aquí estamos. Antes había una barca que pasaba el río, pero se hundió. Ahora, llegas aquí y sólo puedes volverte para atrás. Eso, o pasas el río nadando. Pero por aquí ha pasado mucha gente. Cuando yo tenía 15 ó 20 años, había miles de personas tiradas por los suelos, porque no tenían dónde quedarse, gente que venía a trabajar o gente que venía a esconderse cuando la guerra, o gente de mala ralea que venían a emborracharse y a gastarse el dinero mal gastado. Se los comían los mosquitos y se morían de paludismo». También ahora, por la tarde, por los caños, te comen los mosquitos, que se cogen a cubos. En el húmedo fin del mundo, la naturaleza muerde, abrasa y agota bellamente.